

Mary Higgins Clark

No
puedo olvidar
tu rostro



«Las personas esperan coherencia y la armonía oculta no es parte de la sociedad. Es parte del cosmos, pero no de la sociedad. La sociedad es una hechura humana y ha elaborado todo un plan como si todo fuera estático. La sociedad ha creado códigos de moral, como si todo fuera inmóvil».

Para Osho, el místico contemporáneo, Heráclito representa una de las cumbres más elevadas de consciencia que ha existido alguna vez en esta Tierra. Más que filósofo, Heráclito fue un poeta cuyas paradojas desconcertaron al mismo Aristóteles, pero a la vez reflejan una evolución espiritual fuera de lugar. Él fue quien dijo que Dios también es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, abundancia y hambre. Retomando este conocimiento milenario, Osho medita sobre la espiritualidad que podemos alcanzar a través de estas enseñanzas. En sus palabras: «¿Por qué es mejor la armonía oculta que la visible? Porque lo obvio, lo visible está en la superficie, y esta puede ser engañosa. La superficie se puede cultivar y acondicionar... lo oculto no».

uno

LA ARMONÍA OCULTA

*La armonía oculta es mejor que la armonía visible.
La oposición trae la concordia.
De la discordia emana la más bella de las armonías.
En el cambio encuentran las cosas su reposo.
Las personas no comprenden que aquello que se aparta
de sí mismo, está de acuerdo consigo mismo.
Hay armonía en la tensión, como en el arco y la lira.
El arco es la vida, pero su obra es letal.*

HE ESTADO ENAMORADO DE HERÁCLITO durante muchas vidas. En realidad, Heráclito es el único griego del cual me he prendado, salvo, claro está, por Mukta, Seema y Neeta.

Heráclito es verdaderamente bello. De haber nacido en India, o en Oriente, se le habría considerado un buda, pero en la historia griega, en la filosofía griega, fue un ser extraño, una persona ajena. En lugar de referirse a él como un ser iluminado, en Grecia se le ha llamado Heráclito el Oscuro, Heráclito el Misterioso, Heráclito el Enigmático. Aristóteles, el padre de la filosofía griega y del pensamiento occidental ni siquiera reconoció en él a un filósofo. «Cuando más es un poeta», dijo, aunque también a pesar suyo. Más adelante en otras obras dijo, «Debe haber una falla en el carácter de Heráclito, algo malo en su biología;

por eso habla de una manera tan misteriosa, en paradojas». Aristóteles lo consideraba un poco excéntrico, un poco loco –y Aristóteles domina todo el mundo occidental–. De haberse aceptado el pensamiento de Heráclito, toda la historia de Occidente habría sido enteramente distinta. Pero nunca nadie lo comprendió. Se apartó cada vez más de la corriente principal del pensamiento y la mente occidental.

Heráclito fue como Gautama Buda o Lao Tse o Basho. El suelo griego no le fue propicio en absoluto. Habría sido un árbol formidable en Oriente: millones se habrían beneficiado, millones de personas habrían encontrado su camino a través de él. Pero los griegos lo consideraron raro, excéntrico, un poco extraño y ajeno; no era uno de ellos. Por eso su nombre permaneció al margen, en un rincón oscuro, hasta que finalmente la humanidad se olvidó de él.

En el momento mismo del nacimiento de Heráclito la humanidad alcanzaba un pico, un momento de transformación. Con la humanidad sucede lo mismo que con el individuo: hay momentos en los cuales se producen cambios grandes. El cuerpo cambia cada siete años y continúa cambiando, de manera que todo el sistema biofísico de una persona que vive hasta los setenta años cambia diez veces. Si puedes utilizar esos espacios en los cuales el cuerpo cambia, será muy fácil avanzar en la meditación.

Por ejemplo, el sexo adquiere importancia por primera vez a los catorce años. El cuerpo sufre un cambio bioquímico, y si en ese momento te introducen a la meditación, te será muy, pero muy fácil avanzar porque el cuerpo no está fijo sino en el punto en que desaparece el patrón viejo y apenas comienza el nuevo: hay un espacio. A los veintidós años se producen nuevamente unos cambios profundos, porque cada siete años el cuerpo se renueva por completo: todas las células viejas desaparecen y llegan otras nuevas. Lo mismo sucede a los veintiocho, a los

treinta y cinco años, y así sucesivamente. Cada siete años el cuerpo llega a un punto en el cual se va lo viejo y llega lo nuevo, y ese es un momento de transición. En ese periodo transitorio todo es fluido. Si deseas incorporar una nueva dimensión en tu vida, ese es el momento preciso para hacerlo.

Exactamente lo mismo sucede en la historia de la humanidad en su conjunto. Cada veinticinco siglos se produce un pico y si puedes aprovechar ese momento lograrás la iluminación fácilmente. No será tan fácil en otros momentos pero en ese pico el río mismo fluye en esa dirección; todo es fluido, no hay nada estacionario.

Hace veinticinco siglos nacieron Gautama Buda y el jainista Mahavira en India; Lao Tse y Chuang Tse en China; Zaratustra en Irán, y Heráclito en Grecia. Ellos son los picos. Nunca antes se habían alcanzado esos picos o, si se alcanzaron, no formaron parte de la historia, porque la historia comienza con Jesús.

La gente desconoce lo que sucedió hace veinticinco siglos. Ahora nos encontramos nuevamente en el estado fluido: lo viejo pierde significado, el pasado pierde importancia, y el futuro es incierto: el período de la brecha ha llegado. Nuevamente la humanidad alcanzará otro pico, el mismo que hubo en la época de Heráclito. Si tienes un poco de consciencia podrás aprovechar este momento para salirte de la rueda de la vida. Cuando las cosas son fluidas, la transformación es fácil. Cuando las cosas están quietas, la transformación es difícil.

Tienes suerte de haber nacido en una era en la cual las cosas están nuevamente en estado de fluidez. No hay certeza alguna; los viejos códigos y mandamientos ya no sirven de nada. Han aparecido nuevos patrones, los cuales no tardarán en afincarse; el hombre no puede permanecer sin arraigo porque sobreviene la inseguridad. Las cosas se asentarán nuevamente y este momento no durará para siempre; solamente abarcará unos pocos años.

Si logras aprovechar estos años, alcanzarás un pico muy difícil de alcanzar en cualquier otro momento. Si dejas pasar el momento, habrá que esperar otros veinticinco siglos.

Recuerda esto: la vida se mueve en un ciclo, todo se mueve en ciclos. El niño nace, se hace joven, llega a viejo y después muere. La vida se mueve lo mismo que las estaciones: después del verano vienen las lluvias, después el invierno, y así continúa el círculo. Lo mismo sucede en la dimensión de la consciencia: cada veinticinco siglos se completa el círculo, y antes de iniciarse el nuevo ciclo hay una brecha por la cual es posible escapar; la puerta permanece abierta unos pocos años.

Heráclito fue una flor muy rara, una de las almas más penetrantes, una de esas almas que llega a ser como el Everest, el pico más elevado de los Himalayas. Trata de comprenderlo; no es fácil. No por nada lo apodaron Heráclito el Oscuro. Para comprenderlo hace falta un ser diferente —he ahí el problema—. De allí que sea fácil catalogarlo de oscuro y olvidarse de él.

Hay dos tipos de personas. Si deseas comprender a Aristóteles, no necesitas ningún cambio en tu ser esencial, sino algo de información. Una escuela puede ofrecer información sobre la lógica y la filosofía, y con algo de conocimiento intelectual es posible comprender a Aristóteles. No es necesario cambiar para comprenderlo, solamente añadir algunas cosas más al conocimiento. El ser no se transforma. No necesita estar en un plano diferente de consciencia; no es un requisito. Aristóteles es claro. Basta un pequeño esfuerzo para comprenderlo. Pero la tarea de comprender a Heráclito es dura; el camino está sembrado de obstáculos, porque ningún conocimiento acumulado será de gran ayuda; de nada servirá una mente muy cultivada. Se necesita una cualidad diferente del ser, una transformación, y eso es difícil. Por eso se lo califica de enigmático.

¡No es oscuro! Lo que sucede es que no estás en el nivel del ser desde donde se lo puede comprender. Cuando alcanzas el nivel requerido, súbitamente toda la oscuridad que lo rodea desaparece. Es uno de los seres más luminosos que ha habido; no es oscuro ni tenebroso, lo que sucede es que los demás están ciegos. Recuerda esto, porque al calificarlo de oscuro, lo haces responsable de tu intento por escapar a esa transformación que el encuentro con él propiciaría. No digas que es oscuro, sino más bien, «Estamos ciegos», o «Nuestros ojos están cerrados».

Aunque el sol está allí, si te paran frente a él con los ojos cerrados podrías decir que el sol es oscuro. A veces sucede también que puedes estar de frente al sol con los ojos totalmente abiertos, pero su luz es tan fuerte que te enceguece transitoriamente. La luz es tan brillante que es insoportable y, súbitamente, sobreviene la oscuridad. Los ojos están abiertos, el sol está allí, pero el sol es demasiado para la vista y provoca oscuridad. Lo mismo sucede con Heráclito: la oscuridad no está en él. O bien estás ciego, o tienes los ojos cerrados. Pero hay una tercera posibilidad: Heráclito es un ser tan luminoso que nuestros ojos simplemente pierden la capacidad de ver. Su luz se hace insoportable. No estamos acostumbrados a tanta luz, de manera que tendremos que hacer algunas modificaciones antes de poder comprender a un Heráclito que parece hablar con enigmas y paradojas y disfruta haciéndolo.

Los sabios siempre han hablado en paradojas. Hay algo importante en eso. No es que se dediquen deliberadamente a hacer acertijos, sino que en realidad son muy simples. ¿Qué pueden hacer? Si la vida misma es paradójica, ¿qué pueden hacer? Para evitar las paradojas se pueden crear teorías claras y lógicas pero que a la postre son falsas porque no reflejan la verdad de la vida. Aristóteles es muy claro y lógico; parece un jardín cuidado por la mano del hombre. Heráclito se parece a los acertijos: es como un bosque silvestre.

Con Aristóteles no hay dificultades; ha evitado la paradoja para crear una doctrina clara y lógica que atrae. Cualquiera se asustaría al mirar de frente a Heráclito, porque él abre la puerta de la vida y la vida está hecha de paradojas. Buda es paradójico, Lao Tse es paradójico; quienes han alcanzado el saber son paradójicos necesariamente. ¿Qué remedio les queda? Si la vida misma es paradójica, deben ser fieles a la vida. La vida no es lógica. Es Logos, pero no es lógica. Es un cosmos, no un caos, pero no es lógica.

Es necesario comprender el término *Logos* porque Heráclito lo utiliza. También es preciso comprender la diferencia entre Logos y lógica. La lógica es una doctrina sobre la verdad, mientras que el Logos es la verdad misma. El Logos es existencial mientras que la lógica es intelectual y teórica. Trata de comprender. Si observas la vida, verás también la muerte. ¿Cómo evitar la muerte? La muerte está implícita en la vida. Cada momento de vida es también un momento de muerte; las dos son inseparables. Es un enigma.

La vida y la muerte no son dos fenómenos distintos sino dos caras, dos aspectos, de la misma moneda. Si penetras hasta el fondo, verás que la vida es muerte y la muerte es vida. Tan pronto naces comienzas a morir. Y si eso es así, entonces cuando mueres comienzas a vivir de nuevo. Si la muerte está implícita en la vida, entonces la vida está implícita en la muerte. Se pertenecen y complementan mutuamente.

La vida y la muerte son como dos alas o dos piernas: es imposible moverse solamente con la pierna izquierda o con la derecha. En la vida no es posible ser derechista o izquierdista, sino ambas cosas. En materia de doctrina se puede ser derechista o izquierdista, pero la doctrina no puede ser fiel a la vida, y nunca lo es, porque, por necesidad, la doctrina debe ser clara, nítida y limpia, y la vida no es así. La vida es vasta.

Whitman, uno de los poetas más grandes del mundo, dijo alguna vez, «Me contradigo porque soy vasto».

A través de la lógica alcanzarás una mente supremamente limitada; no podrás ser vasto. Si le temes a la contradicción, no podrás ser vasto. Tendrás que elegir, suprimir, evitar y ocultar la contradicción. ¿Pero crees que por ocultarla desaparecerá? ¿Crees que no morirás por el hecho de no mirar a la muerte de frente?

Podrás evitar la muerte, darle la espalda y olvidarte por completo de ella... Por eso no hablamos de la muerte; es mala educación hacerlo. La muerte sucede todos los días, en todas partes. Sin embargo, la evitamos. Apenas muere una persona nos apresuramos a ponerle fin. Construimos nuestros cementerios a las afueras de las ciudades para que nadie pase por allí, pero también construimos las tumbas con mármol y escribimos bellos epitafios. Llevamos flores para dejar en la tumba. ¿Con qué propósito? Para decorarla un poco.

En Occidente se ha hecho del ritual de esconder la muerte una profesión. Hay profesionales que ayudan a evadirla, a embellecer el cadáver para dar la impresión de que aún vive. ¿Cuál es el propósito? ¿Sirve eso de algo? La muerte está entre nosotros. Todos marchamos hacia la tumba y no importa dónde la ubiquemos, allá llegaremos. Ya vamos en camino. Estamos en fila a la espera del momento de morir. ¿Dónde podríamos ocultarnos para escapar de la muerte?

En su esfuerzo por ser clara, la lógica evade. Dice que la vida y la muerte son distintas, que la vida es la vida y que la muerte es la muerte. Aristóteles dice que A es A, nunca B. Esa lógica se convirtió en la piedra angular del pensamiento occidental: evitar la contradicción. El amor es amor, el odio es odio; el amor nunca es odio. Eso es una necedad, porque en el amor está implícito el odio; así es la naturaleza. Amas a una persona y la odias al mismo tiempo; es necesario, no puedes evitarlo. Si tratan de evi-

tarlo, todo se torna falso. Por esa razón el amor se ha vuelto falso. Ha dejado de ser verdadero y auténtico. No puede ser sincero porque es una fachada.

¿Por qué es una fachada? Porque se evade al otro. La gente dice, «Eres mi amigo y un amigo no puede ser enemigo. Y si eres mi enemigo no puedes ser mi amigo». Sin embargo, los dos son aspectos de una misma moneda: en el enemigo se oculta un amigo y en el amigo se oculta un enemigo. Aunque el otro aspecto está oculto, está ahí. Pero eso es demasiado para cualquiera. Ver ambas cosas es insoportable. Si ves al enemigo en el amigo, no podrás amarlo. Si ves al amigo en el enemigo, no podrás odiarlo. La vida entera se convertiría en un acertijo.

A Heráclito se lo ha calificado de «enigmático». No lo es, es fiel a la vida. Se limita a informar las cosas tal como son. No posee doctrina alguna sobre la vida, no fabrica sistemas. No es más que un espejo que refleja la vida tal como es. Si tu rostro cambia, así te lo muestra el espejo; si eres cariñoso, el espejo lo refleja; si al siguiente segundo odias, el espejo también lo refleja. El espejo no habla con acertijos, refleja la verdad.

Aristóteles no es un espejo; es como una fotografía estática. No cambia, no se mueve con la vida. Por eso dice Aristóteles que Heráclito tiene un defecto de carácter. Para Aristóteles, la mente debe ser clara, sistemática, racional; la lógica debe ser el objetivo de la vida y no se deben mezclar los opuestos. ¿Pero quién los mezcla? Heráclito no los mezcla. Ya ellos están mezclados y no se puede culpar a Heráclito por ello. Los opuestos se combinan y nada tiene que ver Heráclito con eso. ¿Y cómo separarlos si están entretejidos en la vida misma? Se pueden separar en los libros, pero los libros son falsos. Un enunciado lógico será falso porque no puede ser una afirmación sobre la vida; y una afirmación sobre la vida será ilógica porque la vida existe a través de la contradicción.

Si observas la vida verás contradicciones por todas partes; pero la contradicción no tiene nada de malo, es solo que resulta insoportable para la mente lógica. La contradicción adquiere toda su belleza cuando se alcanza la revelación mística. La belleza no puede existir sin ella. Si no puedes odiar a la misma persona a quien amas, no habrá tensión en tu amor. Será una cosa inerte. No habrá polaridad; todo se tornará rancio. ¿Cómo sucede? Cuando amas a una persona, la amas en la mañana y la odias en la tarde. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón? ¿Por qué es así la vida? Porque cuando odias, te separas; recuperas la distancia inicial. Antes de enamorarse, eran dos personas distintas y al enamorarse se convirtieron en una unidad, una comunidad.

Debes comprender esta palabra comunidad. Es muy hermosa. Significa unidad común. Al convertirte en comunidad alcanzas una unidad común. La comunidad es hermosa por momentos, pero después adquiere el matiz de esclavitud. Lograr la unidad común durante algunos momentos es algo hermoso; lleva a una culminación, a la cima. Pero es imposible vivir en la cima por siempre. ¿Quién viviría entonces en el valle? Y la cima es hermosa solamente porque hay un valle a sus pies. Si no bajas al valle, la cima perderá su altura. Es cima solo en comparación con el valle. Si construyes una casa allí, olvidarás que es una cima y se perderá toda la belleza del amor.

En la mañana amas y en la tarde estás lleno de odio. Has bajado al valle, a la posición inicial donde te encontrabas antes de enamorarte. Tú y la persona amada vuelven a ser individuos nuevamente. También hay belleza en la individualidad porque es libertad. Estar en el valle también es hermoso, porque permite la relajación. Estar en el valle oscuro tranquiliza y ayuda a recuperar el equilibrio. Desde allí puedes prepararte para subir de nuevo a la cima; al caer la noche estás enamorado nuevamente. Es el proceso de unión y separación, el cual se repite una y otra vez.

Cuando te enamoras una vez más después de un momento de odio, vives una nueva luna de miel.

Si no hay cambio, la vida es estática. Si no puedes moverte hacia los contrarios, todo se torna rancio y tedioso. Eso explica por qué las personas demasiado cultivadas se vuelven aburridas: porque siempre sonríen y nunca se enojan. A una ofensa responden con una sonrisa; a un elogio responden con una sonrisa; a una acusación responden también con una sonrisa. Son insoportables. Su sonrisa es peligrosa y no puede ser muy real; permanece en sus labios como una fachada. No sonríen sino que sencillamente obedecen a un código. Y su sonrisa es desagradable.

Las personas que siempre aman y nunca odian ni se enojan son superficiales, porque, ¿de dónde podrían extraer profundidad si no se desplazan hacia el contrario? La profundidad viene del movimiento hacia el contrario. El amor es odio. En efecto, no deberíamos hablar de amor y odio sino de amorodio. Una relación de amor es una relación de amorodio, ¡y es hermosa!

El odio no tiene nada de malo, porque es a través de él que se llega al amor. La ira no tiene nada de malo, porque es a través de ella que se llega a la quietud serena.

¿Has observado que todas las mañanas se oye aquí el ruido de los aviones que vuelan por encima de nosotros? Después de que el avión pasa sobreviene un silencio profundo. Antes del avión el silencio no es tan profundo y después de que pasa, el silencio se acentúa. Imagina que vas por la calle en una noche oscura y súbitamente aparece un automóvil que pasa a gran velocidad. Las luces brillantes te deslumbran y, una vez que pasa el automóvil, la oscuridad es más profunda que antes.

Todas las cosas adquieren vida y se profundizan a través de la tensión con el contrario. Hay que alejarse para acercarse; hay que ir hacia el contrario para acercarse todavía más.

Una relación de amor es una relación de volver una y otra vez a la luna de miel. Si la luna de miel termina y todo se asienta, la relación muere. Todo lo que se asienta muere. La vida persiste a través del movimiento constante. Todo lo que se asegura está ya en su tumba. Tu saldo bancario es tu tumba; es allí donde has muerto. Si estás totalmente seguro ya no estás vivo, porque estar vivo implica moverse entre los opuestos.

La enfermedad no es mala: es solo a través de la enfermedad que recuperas la salud. Todo encaja en la armonía. Por eso se dice que Heráclito es enigmático. Lao Tse lo hubiera comprendido perfectamente, como no pudo hacerlo Aristóteles. Desafortunadamente, Aristóteles se convirtió en la fuente del pensamiento griego, y todavía más desafortunadamente, el pensamiento griego se convirtió en la base de la mentalidad occidental.

¿Cuál es el mensaje de Heráclito, el mensaje de fondo? Es importante aclararlo para poder comprender.

Heráclito no cree en las cosas, sino en los procesos. Para él, el proceso es Dios. Y si observas atentamente, verás que en el mundo no hay COSAS; todo es un proceso. En efecto, emplear la palabra «es» es un error existencial, porque todo está en proceso de ser. No hay nada en estado de ser, ¡nada!

Cuando dices, «Este es un árbol», antes de terminar la frase el árbol ya ha crecido. Por tanto, la afirmación es falsa en sí misma. El árbol nunca está estático. Por tanto, ¿cómo puedes utilizar la palabra «es»? Siempre está en proceso de transformarse en algo diferente. Todo está en movimiento, en crecimiento, en proceso. La vida es movimiento. Es como un río, siempre en movimiento. Heráclito dice: «No podemos bañarnos dos veces en el mismo río» porque cuando entramos en él la segunda vez, ya se ha movido. Es una corriente. ¿Podemos encontrarnos dos veces con la misma persona? ¡Imposible! Hoy no soy el que era ayer. ¿Lo eres tú? Los dos ríos han cambiado. Podrás vol-

ver aquí mañana, pero no me encontrarás; habrá alguien más en mi lugar.

La vida es cambio. «Solamente el cambio es eterno», dice Heráclito, solamente el cambio nunca cambia. Todo lo demás cambia. Heráclito cree en una revolución permanente. Todo está en revolución. Así es. Ser significa transformarse. Permanecer donde estás significa moverte; no puedes permanecer quieto porque nada es estático. Ni siquiera las montañas, los Himalayas, están en estado estático. Se mueven con rapidez. Nacen y después mueren. Los Himalayas forman uno de los sistemas montañosos más jóvenes del mundo, y continúan creciendo. No han alcanzado su pico de crecimiento todavía. Continúan creciendo 30 cm por año. Hay montañas viejas que ya han alcanzado su pico de crecimiento; ahora comienzan a caer, a envejecer, con sus espaldas encorvadas.

Cada partícula de estas paredes que ves a tu alrededor está en movimiento. No puedes percibir ese movimiento porque es muy sutil y veloz. Ahora bien, recuerda que los físicos concuerdan con Heráclito, y no con Aristóteles. Siempre que cualquier ciencia se acerca más a la realidad, tiene necesariamente que coincidir con Lao Tse y con Heráclito. Los físicos dicen que todo está en movimiento. Eddington dijo que la única palabra falsa es «reposo». Nada está en reposo porque no puede estarlo; la palabra es falsa porque no refleja realidad alguna. La palabra «es» solamente se encuentra en el lenguaje. En la vida, en la existencia, no hay «es»; todo está en proceso de ser. El propio Heráclito, cuando habla del río —y el símbolo del río está en la profundidad de su ser— dice que no podemos bañarnos dos veces en el mismo río y que, aunque lo hagamos, somos los mismos y no somos los mismos. Solo en apariencia somos los mismos; no solamente el río ha cambiado, también hemos cambiado nosotros.

Sucedió que una vez un hombre insultó a Buda y le escupió el rostro. Buda se limpió la cara y preguntó, «¿Tienes algo más que decir?» –como si el hombre hubiera dicho algo—. Grande fue el desconcierto del hombre porque nunca esperó esa reacción. Dio media vuelta y se fue. Al día siguiente regresó porque no había podido dormir en toda la noche. Sentía la sensación creciente de haber hecho algo espantoso y se sentía culpable. Entonces esa mañana se presentó ante Buda, se arrodilló a sus pies y suplicó su perdón. A lo cual Buda respondió: «¿Quién te perdonará hoy? El hombre a quien insultaste ya no está y el hombre que eras cuando escupiste tampoco está, ¿entonces quién perdonará a quien? Olvídalo porque ya nada puede hacerse al respecto. No puede deshacerse, ¡acabó!... porque ninguno de los dos está aquí, ambos hemos muerto. ¿Qué puede hacerse si tú eres un hombre nuevo y yo también?».

Este es el mensaje más profundo de Heráclito: todo fluye y cambia, todo se mueve y no hay nada estático. Tan pronto como te aferras, dejas pasar la realidad. Aferrarse se convierte en un problema porque mientras te aferras, la realidad cambia.

Ayer me amabas; hoy estás lleno de ira. Si me aferro al ayer tendría que decirte, «Debes amarme hoy porque ayer me declaraste tu cariño y me dijiste que me amarías por siempre. ¿Qué pasó?», no hay nada que hacer. Ayer, cuando dijiste que me amarías por siempre, lo dijiste sinceramente. Tu afirmación no fue falsa, pero tampoco fue una promesa; fue sencillamente tu estado de ánimo y yo di más crédito del que debí. En ese momento sentías que me amarías por siempre, eternamente, y no fue una mentira. Fuiste fiel al momento, a tu estado de ánimo, pero ese estado de ánimo ha desaparecido. Quien lo dijo ya no existe. Y si se fue, se fue y nada puede hacerse al respec-